

CAPÍTULO VIII

Dios dispone.

La reina siguió á Actón, comprendiendo que debía pasar algo grave para que el general se hubiera atrevido á llamarla tan imperativamente fuera del salón.

Llegados al corredor, la reina quiso interrogarle; pero él se contentó con responder:

— ¡ Por Dios, señora, venid pronto ! no tenemos un momento que perder ; dentro de algunos minutos lo sabréis todo.

Entraron en la botica del palacio por una escalera de servicio. En aquella botica era donde los médicos y los cirujanos del rey, Vairo, Troja y Cottugno se surtían de las medicinas necesarias para hacer las primeras curas á los enfermos ó heridos, para que eran llamados á palacio.

La reina adivinó el sitio adonde la conducía Actón.

— ¿ Ha sucedido algo á alguno de mis hijos ? preguntó.

— No, señora, tranquilizaos, dijo Actón ; y si tenemos alguna prueba que hacer podremos hacerla, al menos, *in anima vili*.

Actón abrió la puerta ; la reina entró y echó una rápida ojeada por el aposento.

Un hombre desmayado estaba tendido sobre un lecho.

La reina se acercó con más curiosidad que miedo, y al verle exclamó :

— ¡ Ferrari !

Luego volviéndose hacia Actón :

— ¿ Está muerto ? le preguntó con el tono con que hubiese podido decir : « ¿ le habéis asesinado ? »

— No, señora, respondió Actón, sólo está desmayado.

Miróle la reina ; su mirada pedía una explicación.

— Señora, dijo Actón, es la cosa más natural del mundo. Envié, conforme habíamos convenido, á mi secretario para advertir al maestro de postas de Capua que dijese al correo Ferrari á su paso por aquel punto, que el rey le aguardaba en Caserta ; se lo dijo, Ferrari no se detuvo más que el tiempo necesario para mudar de caballo ; sólo que al llegar á la puerta principal del palacio,

interceptada por los carruajes de nuestros cortesanos, ha tirado demasiado de las riendas, el caballo ha caído de manos arrojando al jinete, que ha ido á dar con la cabeza contra una piedra, le han levantado sin sentido y yo le he hecho trasladar aquí diciendo que no era necesario ir á buscar médico, que yo mismo le cuidaría.

— Entonces, dijo la reina adivinando el pensamiento de Actón, ya no es necesario seducirle ni comprar su silencio; no tenemos que temer que hable, y con tal que siga desmayado el tiempo suficiente para que podamos abrir la carta, leerla y volverla á cerrar, es todo lo que se necesita; sólo que, ya comprendéis, Actón, es menester que no se despierte mientras estemos en la operación.

— Ya he precavido este caso antes de la llegada de Vuestra Majestad.

— ¿Y cómo?

— He hecho tomar á ese desgraciado veinte gotas de láudano de Sydenham.

— Veinte gotas... dijo la reina. ¿Y creéis que será bastante para un hombre acostumbrado al vino y á los licores fuertes como debe ser este correo?

— Quizás tendréis razón, señora, y podemos darle diez gotas más.

Y echando diez gotas de un licor amarillento en

una cucharilla, las introdujo en la boca del enfermo.

— ¿Y creéis, preguntó la reina, que mediante ese narcótico, no recobraré los sentidos?

— No los recobraré lo bastante para darse cuenta de lo que pase en torno suyo.

— Pero yo no veo el saco de viaje, dijo la reina.

— Como es el hombre de confianza del rey, dijo Actón, el rey no usa con él de las precauciones ordinarias; y cuando se trata de un simple despacho, os lleva y trae la respuesta en un bolsillo de cuero que usa en el interior de su chaqueta.

— Veamos, dijo la reina sin vacilar.

Actón abrió la chaqueta, metió la mano en el bolsillo de cuero y sacó de él una carta sellada con el sello particular del emperador de Austria, es decir, con una cabeza de Marco Aurelio, como Actón lo había previsto.

— Todo va bien, dijo Actón.

La reina quiso tomarle la carta de las manos para abrirla.

— ¡Oh! no, no, dijo Actón; así no.

Y colocando la carta á cierta altura por encima de la bujía, vióse pronto el sello ablandarse poco á poco y levantarse por último uno de los cuatro ángulos.

La reina se pasó la mano por la frente.

— ¿Qué contendrá esa carta? dijo con ansiedad.

Actón sacó la carta del sobre, é inclinándose, la presentó á la reina.

La reina la abrió y leyó en voz alta :

« Palacio de Schœnbrünn, 28 de Septiembre de 1798.

» Excelentísimo hermano, primo y tío, aliado y confederado.

» Contesto á V. M. de mi propia mano, como ella me ha escrito de la suya.

» Mi opinión, de acuerdo con la del consejo áulico, es que no debemos empezar la guerra contra la Francia hasta que hayamos reunido todas las probabilidades de triunfo, y una de las probabilidades con que me es permitido contar, es la cooperación de los 40,000 hombres de tropas rusas mandadas por el feld-mariscal Souvorow, á quien pienso dar el mando en jefe de nuestros ejércitos; pero estos 40,000 hombres no estarán aquí hasta últimos de Marzo. Contemporizad, pues, mi excelentísimo hermano, primo y tío, retardad por todos los medios posibles el rompimiento de las hostilidades; yo creo que Francia no tiene más deseos que nosotros de hacer la guerra; aprovechad sus disposi-

ciones pacíficas; dad cualquiera razón, mala ó buena, de lo que ha sucedido, y el mes de Abril entraremos en campaña con todos nuestros recursos.

Entretanto, y no teniendo la presente otro objeto, ruego á Dios, queridísimo hermano, primo y tío, aliado y confederado, que os haya en su santa y digna guarda.

» FRANCISCO »

— He aquí una cosa bien distinta de la que esperábamos.

— No yo, señora, replicó Actón; yo no he creído nunca que S. M. el emperador entrase en campaña antes de la primavera próxima.

— ¿Qué haremos?

— Aguardo la orden de V. M.

— Ya conocéis, general, las razones que tengo para querer una guerra inmediata.

— ¿Vuestra Majestad toma sobre sí la responsabilidad?

— ¿Qué responsabilidad queréis que tome con una carta semejante?

— La carta del emperador será lo que nosotros queramos que sea.

— ¿Qué queréis decir?

— El papel es un agente pasivo y se le hace decir lo que se quiere; toda la cuestión consiste en calcular si vale más hacer la guerra en seguida ó dejarla para más adelante, atacar ó aguardar á que nos ataquen.

— No hay discusión posible sobre este punto, me parece; conocemos el estado en que se halla el ejército francés, que en este momento no podría resistirnos, y si le dejamos tiempo de organizarse, somos nosotros los que no le resistiremos.

— ¿Y con esa carta creéis imposible que el rey se ponga en campaña?

— ¡Él! se dará por muy contento con hallar un pretexto cualquiera para no moverse de Nápoles.

— Entonces, señora, no conozco más que un medio, dijo Actón con resolución.

— ¿Cuál?

— Hacer decir á la carta lo contrario de lo que dice.

La reina asió á Actón por el brazo.

— ¿Es posible? preguntó mirándole fijamente.

— Nada más fácil.

— Explicádmelo... ¡Aguardad!

— ¿Qué?

— ¿No habéis oído quejarse á ese hombre?

— ¡Qué importa!

— Incorpórase en el lecho.

— Para volver á caer, ya lo estáis viendo.

Y en efecto: el desgraciado Ferrari volvió á caer en el lecho lanzando un gemido.

— ¿Decíais? ... replicó la reina.

— Digo que el papel es espeso, sin color y escrito por una sola llana.

— ¿Y bien?

— Y bien, por medio de un ácido, se puede borrar lo escrito no dejando de mano del emperador más que las tres últimas líneas y la firma, y sustituir la recomendación de no empezar las hostilidades hasta el mes de Abril con la de romperlas sin tardanza.

— Es muy grave lo que me proponéis, general.

— Ya he dicho que sólo á la reina correspondía tomar sobre sí semejante responsabilidad.

La reina reflexionó un momento; una arruga se dibujó en su frente, sus cejas se fruncieron, crispáronse sus manos.

— Pues bien, dijo, la tomo.

Actón la miró.

— Os he dicho que la tomaba. ¡Manos á la obra! Acercóse Actón al lecho del herido, le tomó el pulso, y volviéndose á la reina, le dijo:

— En dos horas no volverá en sí.

— ¿Necesitáis alguna cosa? preguntó la reina á Actón, viendo que miraba en torno suyo.

— Quisiera un hornillo encendido y una plancha.

— ¿Sabén en Palacio que estáis aquí al lado del herido?

— Sí.

— Entonces llamad y pedid lo que necesitáis.

— ¿Pero no sabén también que V. M. está aquí?

— Es verdad, dijo la reina.

Y se escondió detrás del cortinaje de la ventana.

Actón llamó; no fué un criado el que se presentó, sino su secretario.

— ¡ Ah! ¿ sois vos, Dick? dijo Actón.

— Sí, monseñor; he pensado que V. E. necesitaba cosas que un criado no podría proporcionarle.

— Habéis tenido razón. Traedme ante todo, y lo más pronto posible, un hornillo, carbón encendido y una plancha.

— ¿ No necesitáis otra cosa, monseñor?

— Nada más, por ahora; pero como no os alejaréis de aquí, probablemente serviréis para algo.

Salió el joven para ejecutar las órdenes que acababa de recibir, y Actón cerró la puerta con llave.

— ¿ Tenéis confianza en ese joven? le preguntó la reina.

— Como en mí mismo, señora.

— ¿ Cómo se llama?

— Ricardo Mendén.

— Sin embargo, le habéis llamado Dick.

— Ya sabe V. M. que esa es la abreviación de Ricardo.

— ¡ Es verdad!

Cinco minutos después oyéronse pasos en la escalera.

— Es Ricardo, dijo Actón; es inútil que V. M. se esconda; y además lo necesitaremos ahora mismo.

— ¿ Para qué?

— Para escribir la carta. Ni V. M. ni yo podemos escribirla, porque el rey conocería nuestra letra; así, pues, será preciso que él la escriba.

— Es justo.

Sentóse la reina, dando la espalda á la puerta.

El joven entró con los tres objetos pedidos, que colocó junto á la chimenea, y luego salió sin haber notado, al parecer, que había en el aposento una persona que no estaba cuando él entró la primera vez.

Actón cerró de nuevo la puerta, después de salir el joven, llevó el hornillo junto á la chimenea y puso la plancha encima; después, abriendo el armario que contenía el botiquín, sacó de él una botellita de ácido oxálico, cortó las barbas de una pluma, de

de manera que pudiesen servirle para extender el licor sobre el papel, dobló la carta para preservar las tres últimas líneas y la firma imperial del contacto del líquido, vertió el ácido sobre la carta y le extendió con las barbas de la pluma.

La reina observaba la operación con una curiosidad que no estaba exenta de inquietud; mas con gran satisfacción, vió la tinta, bajo la acción del líquido, paliceder primero, luego blanquear y por último desaparecer.

Actón sacó su pañuelo del bolsillo, y plegándolo en muchos dobleces secó con él la carta.

Terminada esta operación, el papel quedó completamente blanco. Actón tomó la plancha, extendió la carta encima de un cuaderno de papel y la planchó como se plancha un lienzo.

— Ahora, dijo, mientras que se seca el papel, redactemos la respuesta de S. M. el emperador de Austria.

La reina fué la que dictó esta respuesta. Hela aquí textualmente:

«Schœnbrunn, 28 de Septiembre de 1798.

» Mi excelentísimo hermano, primo, tío y confederado:

» Nada podía serme más agradable que la

carta que me escribís y en la cual me prometéis someteros en un todo á mi opinión. Por las noticias que llegan de Roma sé que el ejército francés se halla completamente abatido; otro tanto le sucede al de la alta Italia.

» Encargaos, pues, del uno, excelentísimo hermano, primo y tío, aliado y confederado, que yo me encargaré del otro. No bien sepa que estáis en Roma, cuando por mi parte, entraré en campaña con 140,000 hombres; vos tenéis de la vuestra 60,000, yo aguardo 40,000 rusos; es más de lo que se necesita para que el próximo tratado de paz, en lugar de llamarse el tratado de Campo-Formio, se llame el tratado de París.

— ¿No es esto? preguntó la reina.

— ¡Excelente! dijo Actón.

— Entonces, no hay que hacer más que copiar este borrador.

Cercioróse Actón de que el papel estaba perfectamente seco, hizo desaparecer por medio de la plancha el pliegue preservador, fué de nuevo á la puerta y llamó á Dick.

Como él lo había previsto, el joven se mantenía al alcance de la voz.

— Heme aquí, monseñor, dijo.

— Venid á esta mesa, dijo Actón, y copiad este

borrador sobre esta carta disimulando ligeramente vuestro carácter de letra.

El joven se sentó á la mesa que se le indicaba sin hacer ni una pregunta, sin demostrar la menor extrañeza; tomó la pluma, como si se tratase de la cosa más sencilla, ejecutó la orden y se levantó aguardando nuevas instrucciones.

Actón examinó el papel á la luz de las bujías: nada indicaba la traición que acababa de cometerse. Volvió á meter la carta en el sobre, colocó sobre la llama la cera, que se ablandó de nuevo; dejó caer sobre esta primera capa á fin de borrar toda huella de fractura, una segunda capa de cera, y aplicó encima el sello que había mandado hacer en facsimile sobre el del emperador.

Después de hecho esto, volvió á meter el despacho en el bolsillo de cuero, abotonó la chaqueta, y tomando una luz, examinó por primera vez la herida.

Había contusión violenta en la cabeza, la piel estaba hendida en una longitud de dos pulgadas; pero no había ninguna lesión grave de los huesos del cráneo.

— Dick, dijo Actón á su secretario, escuchad bien mis advertencias; he aquí lo que tenéis que hacer...

El joven se inclinó.

— Mandaréis á buscar un médico á Santa María. Mientras viene, que no será antes de una hora, haréis tomar á este hombre, cucharada á cucharada, un cocimiento de café verde hervido; lo que quepa en un vaso, poco más ó menos.

— Sí, Excelencia.

— El médico creará que son las sales que le dará á oler ó el éter con que le frotará las sienes, lo que le hará volver en sí; dejadle en esta creencia. Después de hecha la primera cura, el herido, según lo permita el estado de sus fuerzas, seguirá su camino á pie ó en carruaje.

— Muy bien, Excelencia.

— El herido, continuó Actón, marcando con intención cada una de sus palabras, fué recogido, después de su caída, por los empleados del palacio, llevado por orden vuestra á la botica, cuidado por vos y por el médico; no ha visto á la reina ni á mí, ni la reina ni yo le hemos visto. ¿Lo entendéis?

— Muy bien, Excelencia.

— Y ahora, dijo Actón volviéndose á la reina, podéis dejar ir las cosas por sí mismas y volver sin inquietud al salón; todo se ejecutará como está mandado.

La reina echó una mirada al secretario, y notó en él ese aire inteligente y resuelto de los hombres

destinados á hacer fortuna. Luego, cuando la puerta se hubo cerrado, dijo á Actón:

— ¡Tenéis un hombre inapreciable, general!

— No es mío, señora; es vuestro, como todo cuanto yo poseo, respondió Actón.

É inclinándose dejó pasar á la reina delante de él.

Cuando la reina entró en el salón, Emma Lyonna, envuelta en un mániton de cachemira encarnado con franjas de oro, se dejaba caer sobre un canapé en medio de las alabanzas y de los aplausos frenéticos de los espectadores, con todo el abandono de una bailarina de teatro que acaba de obtener su más brillante triunfo. Y en efecto: jamás bailarina de *San Carlos* produjo en el público semejante embriaguez. El círculo en medio del cual había empezado la danza, estrechóse poco á poco y por una atracción insensible fué acercándose á ella; de modo que llegó un momento que, estando cada cual que de ella emanaba, faltóle no sólo espacio sino hasta aire, y gritando con voz ahogada: « ¡Paso, paso! » fué, en un espasmo voluptuoso, á caer sobre el canapé donde la reina la encontraba.

Á la vista de la reina, la muchedumbre abrió paso para dejarla llegar hasta su favorita.

Los aplausos y las alabanzas redoblaron; todos

sabían que alabar la gracia, el talento, la magia de Emma, era el modo más seguro de hacer la corte á Carolina.

— Por lo que veo, por lo que oigo, dijo Carolina, me parece que Emma os ha cumplido su palabra. Ahora es preciso dejarla descansar; además, es ya la una de la madrugada, y Caserta, — os doy gracias por haberlo olvidado, — está á muchas millas de Nápoles.

Todo el mundo comprendió que aquella era una despedida en toda regla, y que efectivamente había llegado la hora de retirarse. Los placeres de la velada se resumieron en una postrera y suprema admiración; la reina dió su mano á besar á tres ó cuatro de los más favorecidos, — el príncipe de Maliterno y el duque de Rocca-Romana fueron de este número. — Retuvo á Nelsón y á sus dos amigos á quienes tenía que decir algunas palabras en secreto, y llamando á la marquesa de San Clemente, le dijo:

— Mi querida Elena, estáis de servicio á mi lado pasado mañana.

— Mañana querrá decir V. M.; pues, conforme nos lo ha hecho notar, es ya la una de la madrugada; me importa demasiado ese honor para que permita que se retarde un día.

— Voy pues á contrariaros, querida Elena, dijo la reina con una sonrisa cuya expresión hubiera sido difícil definir; pero imaginaos que la condesa de San Marcos me pide el permiso, con vuestro consentimiento se entiende, de ocupar vuestro puesto, suplicándoos que ocupéis el suyo: tiene no sé qué asunto importante que evacuar la semana próxima. ¿No tenéis ningún inconveniente en aceptar este cambio?

— Ninguno, señora, á no ser el retardar un día la dicha de haceros la corte.

— Pues bien, es asunto arreglado; mañana quedáis en plena libertad, querida marquesa.

— Lo aprovecharé quizás para ir al campo con el marqués de San Clemente.

— Perfectamente, dijo la reina; he ahí una vida ejemplar. Y saludó á la marquesa, que fué la última en hacerle la reverencia y salir.

La reina se encontró entonces sola con Actón, Emma, los dos oficiales ingleses y Nelsón.

— Mi querido lord, dijo á Nelsón, tengo motivos para creer que mañana ó pasado el rey recibirá de Viena noticias á la medida de nuestro deseo respecto á la guerra; porque supongo que seguiréis siendo de opinión que mientras más pronto se entre en campaña, será mejor.

— No sólo soy de esa opinión, señora, sino que desde el momento que sea adoptada, estoy dispuesto á prestaros el socorro de la flota inglesa.

— Le aprovecharemos, milord, pero no es eso lo que tengo que preguntaros por el momento.

— Mande la reina, que pronto estoy á obedecer.

— Yo sé, milord, la confianza que el rey tiene en vos; mañana por muy favorable á la guerra que sea la respuesta de Viena, vacilará aún; una carta de vuestra señoría en el mismo sentido que la del emperador acabaría de decidirle.

— ¿Debo dirigirla al rey, señora?

— No: conozco á mi augusto esposo, y sé que tiene una repugnancia invencible á seguir los consejos que se le dan directamente; preferiría, pues, que viniese en una carta confidencial escrita á lady Hamilton. Escribid colectivamente á ella y á sir William: á ella como la mejor amiga que yo tengo, y á sir William, como el mejor amigo que tiene el rey; viniendo la cosa por doble conducto, tendrá más influencia.

— Vuestra Majestad sabe, dijo Nelsón, que no soy diplomático ni hombre político; mi carta será la de un marino que dice franca y rudamente lo que piensa, y nada más.

— No pido otra cosa, milord. Además, os iréis

con el capitán general, y hablaréis en el camino; como mañana por la mañana se decidirá algo indudablemente, venid á comer á palacio; el barón Mack vendrá también, y podréis combinar vuestros planes.

Nelsón se inclinó.

—Será una comida semidiplomática, continuó la reina; Emma y sir William serán de los nuestros. Trátase de empujar y apurar al rey; yo misma volvería á Nápoles esta noche, si mi pobre Emma no estuviese cansada. Por lo demás, debéis saber, querido almirante, añadió la reina bajando la voz, que por vos y sólo por vos ha hecho ella todas las cosas admirables que habéis visto y oído.

Luego añadió más bajo todavía:

—Ella se negaba obstinadamente; pero yo le dije que estaba segura que os arrebataría, y toda su obstinación desapareció ante aquella esperanza.

—¡Oh, señora, por favor! dijo Emma.

—Vamos, no os ruboricéis y tended vuestra hermosa mano á nuestro héroe; yo le daría la mía con mucho gusto; pero estoy segura de que prefiere la vuestra; la mía será para estos señores.

Y en efecto: tendió ambas manos á los oficiales, que besaron cada uno una, en tanto que Nelsón, asiendo la de Emma con más pasión tal vez de lo

que permitía la etiqueta real, la llevaba á sus labios.

—¿Es cierto lo que ha dicho la reina, le preguntó en voz baja; que por mí habéis accedido á recitar versos, á cantar y danzar ese paso que ha estado á punto de volverme loco de celos?

Emma le miró como ella sabía mirar cuando quería quitar á sus amantes el poco juicio que les quedaba; luego, con una expresión de voz más embriagadora aún que sus ojos, le dijo:

—¡Y el ingrato lo pregunta!

—La carroza de Su Excelencia el capitán general está dispuesta, dijo un lacayo.

—Señores, dijo Actón, cuando gustéis.

Nelsón y los dos señores saludaron.

—¿No tiene V. M órdenes particulares que darme? dijo Actón á la reina en el momento en que se alejaban.

—Sí, por cierto, contestó la reina; á las nueve de esta noche, los tres inquisidores de Estado estarán en la cámara oscura.

Actón saludó y salió; aguardábanle ya en la antecámara los dos oficiales.

—¡Gracias á Dios! dijo la reina rodeando con sus brazos el cuello de Emma y besándola con la impetuosidad que empleaba en todas sus acciones. ¡Cree que nunca nos quedaríamos solas!